

JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

Compartía con el mejicano D. Carlos Pereira el insigne historiador peruano D. José de la Riva-Agüero la gloria de mantener en primera línea el combate por el espíritu de la gran Hispania en la América de habla española. Ambos fueron infatigables polemistas y padecieron por un ideal del que apenas podían esperar otra cosa que amarguras y persecuciones, sin otro consuelo que la alegría íntima de tener razón. Estos dos nobilísimos literatos, gloria de las letras castellanas, nos han dejado en un corto espacio de tiempo. España tiene con ellos una deuda incalculable de gratitud. Uno y otro fueron precursores de un orden de ideas que tendrá, cuando así Dios lo quiera, el unánime asenso en las Españas de ambos mundos, pero que hoy es todavía difícil estandarte de una batalla de la cual no llegan a nuestro antiguo solar sino ecos muy apagados. Porque una de las realidades más inquietantes para nuestra propia responsabilidad es que España, que hace más de cien años que arrió su última bandera en el continente americano, es allá todavía algo vivo y actual que se defiende con fervor y se ataca sañudamente en pugnas cotidianas. De que España no es simplemente para América una contingencia histórica, sino un valor humano, permanente y trascendental, es esta polémica el mejor testimonio.

Don José de la Riva-Agüero, de cuya muerte nos dió noticia el telégrafo hace muy pocos días, había nacido, el 26 de febrero de 1885, en la antigua capital del virreinato, la maravillosa Lima — que, según la frase de Raúl Porras, fundaron juntamente D. Francisco Pizarro y D. Ricardo Palma —, de una de las más viejas y opulentas familias de la aristocracia criolla. Los Agüero fueron uno de tantos linajes montañeses cuyo nombre salta a cada

paso en las crónicas de la conquista y de las guerras civiles. Todavía su bisabuelo, del mismo nombre, figuró a la cabeza de la pequeña oligarquía aristocrática que, al advenir el hecho irremediable de la separación, se hizo cargo de los destinos del país, y fué el primer Presidente de la República en 1823, sin dejar por eso de ser monárquico. De su matrimonio con la princesa Carolina-Arnoldina de Loos-Corswaren nació otro José de la Riva-Agüero, que fué diplomático insigne y presidente del Senado. De su hijo don José Carlos, casado con D.^a María de los Dolores de Osma y Sancho-Dávila, marquesa de Montealegre de Aulestia, fué hijo único el gran escritor, en el cual venía a resumirse la tradición de un patriciado en el que era habitual mantenerse, con un esfuerzo heroico por liberarse de toda contaminación y de todo mestizaje, en la función rectora y orientadora de la patria.

Huérifano de padre muy joven y heredero de una fortuna cuantiosísima, D. José de la Riva-Agüero se consagró al amor y al cuidado de su madre y de la hermana de ésta, la Marquesa de Casa-Dávila. Cuantos hemos vivido en Madrid, en el ocaso de la Monarquía, recordamos a estas dos damas criollas como ejemplares de ese tipo de mujer limeña, dechado de piedad y de exquisita cortesanía, en cuyo trato aun quedaba algo del refinamiento dieciochesco de la corte de los últimos virreyes. De sus labios oí contar la entrada triunfal en Lima del pretendiente Don Carlos VII, recibido como un monarca, a cuyo paso las muchachas arrojaban flores, contentas de gritar ¡Viva el Rey! Sus largas permanencias en los ambientes más cultos y apacibles de Europa no hacían olvidar al joven aristócrata su áspera y brava tierra nativa, tan amada siempre y hacia la cual le atraía un sentimiento atávico del deber. Su afán era libertar a la juventud peruana de las tentaciones de una falsa democracia para enervizarla en un nacionalismo fuertemente enraizado con la tradición española. Los que no conocían sino al amable y cultísimo frecuentador de salones y academias no podrán imaginar fácilmente el brío y hasta la dureza de Riva-Agüero en la lucha política. Aun cuando ocupó los cargos más elevados en la gobernación de su país --fue a ser presidente del Consejo de Ministros--, su lealtad insobornable a sus principios y la entereza inflexible de su carácter le hicieron imposible una labor continua. En los últimos años de su vida se apartó de toda actuación pú-

blica, refugiándose en su riquísimo mundo interior y en su amor apasionado al Perú y a España. En su juventud había mantenido una actitud frente al problema religioso que no deja de tener semejanzas con la de otros pensadores de la vieja Europa: un entusiasmo sentimental ante la belleza de la liturgia católica y un franco reconocimiento del papel preponderante de la Iglesia en la formación de la cultura hispánica, compatibles con un elegante escepticismo, un poco a la manera de los enciclopedistas del siglo XVIII. Poco a poco su fe se fué haciendo más viva e informando de un modo más profundo y eficaz su vida toda y en sus últimos años era, antes que nada, un fervoroso creyente.

El amor a España, amor a prueba de todo sacrificio, fué otra constante en la vida y en la obra de José de la Riva-Agüero. Y esto como lógica de su peruanismo. Apasionadamente enamorado de su recia tierra nativa, con sus tradiciones milenarias de razas magníficas y de culturas desaparecidas, con el prestigio mitológico de las hazañas de los conquistadores, con el dramatismo de sus guerras civiles, con el esplendor legendario del virreinato, se daba exacta cuenta de que cuanto hay en esta patria que pudiese rimar con su alma de hombre católico y de cultura occidental, tenía en la vieja España su origen. El conocía como nadie la cultura de las razas aborígenes y las había estudiado con todo amor, pero como algo totalmente extrínseco con su alma y con su vida, a lo cual no le unía otro lazo que el de la común vivencia en un territorio determinado. Para Riva-Agüero, la huella de España fué lo definitivo, lo indestructible en la formación del Perú. En un momento histórico, la espada de Bolívar dispersó y separó las Españas de uno y otro lado del Atlántico, y este hecho político en nada atenuaba el españolismo esencial de las nuevas patrias.

Riva-Agüero no era hombre capaz de renegar de nada y, en el ambiente democrático de la República, no renegó de su genealogía. Era en él la pasión genealógica la defensa racial de la pequeña minoría incontaminada en un país en que la mezcla de razas es tan frecuente. No simplemente una vanidad más o menos pueril, sino algo eficaz y trascendente en la vida pública —amenazada por el comunismo indigenista— y en la privada. Con su memoria prodigiosa recordaba todos los linajes de conquistadores, sus entroncamientos y sus bastardías, sus glorias y sus claudicaciones. No hay apenas alguno de sus libros en que el afán

genealógico no asome en alguna de sus páginas. El que estas líneas escribe ha saboreado muchas veces el placer de vagar con Riva-Agüero por las rúas limeñas, bajo teorías de miradores de madera esculpida. Cada casa y cada convento, cada blasón y cada sillar daban ocasión al hidalgo erudito para desplegar un árbol genealógico, minuciosísimo y exacto, que era, al cabo, el revivir de muchas existencias abyectas o gloriosas. Riva-Agüero lamentaba la pérdida de tantas energías vitales acumuladas en aquellos recios temperamentos de hidalgos españoles y criollos. En uno de sus estudios más bellos, el prólogo al libro *La correspondencia de la Audiencia de Lima*, publicada bajo la dirección de Roberto Levillier, lamenta el que la política de Felipe II impidiese la formación —que estuvo a punto de lograrse— de un régimen feudal en el Perú. “En lo tocante a la jerarquía social —escribe—, frustrada le perpetuidad, la aristocracia de los conquistadores no pudo organizarse. Pobre y vana sustitución fueron, en los siglos XVII y XVIII, la multiplicación de mayorazgos puramente civiles, y la de títulos nobiliarios de mero aparato, desprovistos de todo nervio de poder territorial y de influencia política. Las sociedades hispanoamericanas se hicieron por completo cesaristas y burocráticas. Nada limitó ni contuvo en ellas la suprema potestad regia; nada tampoco, llegado el caso, la apoyó ni la podía secundar eficazmente.” Hay también una añoranza de una aristocracia fuerte en el Libertador, Simón Bolívar, como la hay en la obra de Ortega y Gasset y en la de aquellos escritores políticos que se dan cuenta de la causa por la cual Inglaterra ha podido mantener, a través de los siglos, una democracia y un Imperio.

Imposible enumerar siquiera en un artículo la obra ingente de José de la Riva-Agüero. Su tesis doctoral, *La Historia en el Perú* (Lima, 1910), a la cual habían precedido algunos ensayos juveniles, fué ya una revelación. Dejando aparte sus estudios jurídicos y políticos, sus trabajos *Elogio del Inca Garcilaso* (Lima, 1916); *Un cantor de Santa Rosa* —comentarios a un poema barroco del conde de la Granja— (Lima, 1919); *El Perú histórico y artístico. Influencia y descendencia de los montañeses en él* (Santander, 1921); *Goethe*, homenaje en Lima en el primer centenario de su muerte (Lima, 1932); *El primer alcalde de Lima, Nicolás de Ribera el Viejo y su posteridad* (Lima, 1935); *Civilización peruana; época prehispánica* (Lima, 1937); y los numerosos:

artículos y opúsculos contenidos en los dos voluminosos tomos que tituló *Por la Verdad, la Tradición y la Patria* (Lima, 1938), contienen páginas de las más admirables que en lengua castellana se han escrito en estos tiempos; admirables por la hondura de su sentido histórico, por la copia abrumadora de investigación inédita y por la pureza del lenguaje. El director de la Academia Peruana de la Lengua era acaso el más castizo escritor que en su momento hubo en toda la América española. Para escribir así son precisas cualidades atávicas que tienen su justificación en la genealogía.

Inmensa es la pérdida que el Perú, España y todos los países de cultura hispánica han sufrido con la muerte de Riva-Agüero. Si algo puede consolarnos de ella, es el pensamiento de que este gran caballero del Espíritu no ha dejado la tierra sin que en ella quedasen herederos capaces de flamear con idéntica gloria su bandera. Porque Dios les asista y les mantenga siempre al amparo de la sombra del maestro, hago fervientes votos.

EL MARQUÉS DE LOZOYA.
(De las Reales Academias de la Historia
y de Bellas Artes.)

CRONICAS

